

El arrepentimiento

A veces dejamos que sean las circunstancias las que definan nuestros valores espirituales. Una inolvidable escena de Lucas 16, la cual nos cuenta acerca de un hombre rico y otro pobre, llamado Lázaro, ilustra cuán cierto es lo anterior. El rico era un hombre a quien le tenían sin cuidado los demás, y no le preocupaban sus propias necesidades espirituales. Sus intereses se circunscribían al pequeño mundo de sus deseos egoístas y ambiciones. Cuando murió, entró en la eternidad, donde tuvo que dar cuenta de sus actos. Después de haber disfrutado de toda una vida de lujos pasó a sufrir el tormento del mundo espiritual que se conoce como el «Hades» (Lucas 16.23).

Estando en el Hades, las prioridades de aquel hombre cambiaron drásticamente. Todos los demás intereses perdieron valor, y solamente dos ideas fundamentales le obsesionaban: En primer lugar (y tal vez nunca antes había sido así), le interesó su propia alma: suplicó que se le tratara con misericordia, con gracia. Según Jesús contó, el rico, «dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy

atormentado en esta llama» (Lucas 16.24).

En segundo lugar, expresó interés en la condición espiritual de sus hermanos. Esta debió de haber sido la primera vez en su vida que expresaba algo de amor espiritual por sus hermanos. Bastaron unos instantes de tormento para convertir su corazón en el de un misionero. Rogó:

Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento (Lucas 16.27-28).

Cuando se le dijo que sus hermanos debían leer la ley y los profetas, tal como todo mundo lo hacía, volvió a rogar: «No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán» (Lucas 16.30). ¿Habría sido esta la primera vez que la idea de «arrepentirse» estuvo en su mente? A juzgar por sus palabras, ¡la muerte le había cambiado su modo de pensar y sus intereses! ¡Sabía perfectamente lo que sus hermanos necesitaban: un arrepentimiento transformador!

¡El tiempo y la eternidad se encargarán de convencernos de que la decisión más trascendental de la vida, es la de arrepentirse! ¡No esperemos a estar muertos para que esta convicción nos haga despertar tan violentamente a la realidad! Jesús dijo: «Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lucas 13.3, 5). Pablo descartó toda excepción al mandamiento de arrepentirse, cuando les dijo a los atenienses: «Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan» (Hechos 17.30). Delante de Dios, son dos caminos por los que la humanidad transita: el camino del arrepentimiento o el camino de la rebelión. Dios demora la segunda venida de Jesús por una sola razón: que los hombres tengan más tiempo para ser llevados al arrepentimiento: «El Señor

no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 Pedro 3.9). El destino final de cada hombre depende de que se arrepienta o no se arrepienta: «Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda» (Apocalipsis 21.8).

A la iglesia la forman las personas que han respondido al llamado que hace el Nuevo Testamento al arrepentimiento. Los cristianos son aquellos que han invocado el nombre del Señor y se han apartado de iniquidad (2 Timoteo 2.19). Como resultado de haberse convertido a Cristo, han sido librados del reino de las tinieblas, y trasladados al reino del Hijo de Dios (Colosenses 1.13). Se han comprometido a vivir como hijos obedientes de Dios, que rehúsan volver a los deseos que tenían antes, cuando vivían en la ignorancia y la desobediencia (1 Pedro 1.14). Ahora desean ser como Aquel que los llamó. Se esfuerzan por imitarlo en toda su manera de vivir, dejando que se cumpla en la conducta de ellos el deseo de su Señor: «Sed santos, porque yo soy santo» (1 Pedro 1.16).

El arrepentimiento, es, por lo tanto, una palabra fundamental y una actitud importante para cualquiera que procura ser cristiano, miembro de la iglesia del Señor. Tan importante es esta palabra que en el significado fundamental y repercusiones de ella, se refleja la naturaleza de la iglesia. El arrepentimiento funciona, incluso, como una de las designaciones con las que se le refiere a la colectividad de personas que Dios llama Su iglesia: la iglesia está constituida por los penitentes. Cuando Pedro les explicaba a los cristianos judíos que estaban en Jerusalén, por qué se había bautizado a gentiles en casa de Cornelio, estos hermanos judíos

respondieron diciendo: «¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!» (Vea Hechos 11.18.) No había duda en ellos, como tampoco debe haberla en nosotros, de que lo único que abre la puerta a la verdadera vida es el verdadero arrepentimiento.

¿Qué es el arrepentimiento? Definamos esta palabra más gráficamente para que no haya confusión en cuanto a lo que es y lo que significa. Usaremos la conversión de Pablo como telón de fondo para ilustrarla.

ES VOLVERSE DEL PECADO

El arrepentimiento es, en primer lugar, volverse del pecado, cambiar de dirección con respecto a la iniquidad.

El arrepentimiento es mucho más que mejoramiento personal, mucho más que un método para ejercer un mejor dominio de la vida de uno. Es una resolución firmemente arraigada, una decisión a renunciar a todo lo que es ajeno a Dios. Esta resolución contribuye a una total transformación a la que Jesús llamó un nuevo nacimiento (Juan 3.3).

El arrepentimiento es más que remordimiento por haber pecado. Uno puede lamentarse de haber pecado por la vergüenza que el pecado le produce, o por temor al castigo en el que ha tenido que incurrir. Judas sintió remordimiento por haber traicionado a Jesús, pero no se arrepintió (Mateo 27.3). Pedro, quien negó a Cristo (Mateo 26.34, 69–75), se arrepintió; Judas, en cambio, solamente sintió remordimiento. Uno puede llegar a sentirse profundamente triste por haber pecado, y, aun así, no arrepentirse jamás.

El arrepentimiento es más que declararse culpable de pecado. El día de Pentecostés, Pedro señaló los pecados de los judíos que le estaban escuchando. Sus palabras los compungieron de corazón, y los llevaron a clamar: «¿Qué haremos?» (Hechos 2.37). Sin embargo, Pedro no interpretó como un arrepentimiento el hecho de que

estuvieran compungidos; pues en respuesta a su pregunta les dijo: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2.38).

El arrepentimiento es más que tristeza según Dios. La tristeza según Dios precede al arrepentimiento y lo produce, pues, según Pablo:

[...] la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte (2 Corintios 7.10).

La tristeza según Dios es parte del proceso que lleva al arrepentimiento, pero no es arrepentimiento en sí misma.

El arrepentimiento no se define siquiera como reforma de la vida de uno. Eso sí, produce una reforma de la vida. Si el arrepentimiento no efectúa una transformación de la vida, no será, entonces, arrepentimiento genuino; sin embargo, una vida reformada no es en sí misma el arrepentimiento. Juan el Bautista instó a la gente que venía a él: «Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento» (Mateo 3.8). El verdadero arrepentimiento precede, pues, a los frutos del arrepentimiento, entre los que se encuentra una vida transformada.

El arrepentimiento tiene que ver con una resuelta transformación de la voluntad de uno con respecto al pecado. Implica el intelecto, las emociones y la conciencia. Este cambio de actitud hacia el pecado abarca la voluntad humana tan completamente, que capacita a la persona para renunciar a todo un estilo de vida. En el momento del bautismo, uno puede ser sumergido en su propia muerte espiritual al pecado, crucificar el antiguo hombre, al punto que el cuerpo del pecado es destruido (Romanos 6.6).

Esta definición del arrepentimiento puede apreciarse bien en la conversión de Saulo. Saulo de Tarso era fariseo, hebreo de hebreos (Filipenses 3.5). Con respecto

a la ley de Moisés, dijo que era irreprochable (Filipenses 3.6). En otras palabras, no había acusación legítima que se le pudiera imputar en cuanto a su capacidad para cumplir la ley. Como fariseo que era —como judío de alto renombre en el judaísmo— Saulo pensaba que Jesús era un impostor, que Éste se había propuesto destruir el judaísmo. Saulo creía que él debía oponerse a este Jesús con la furia de una devastadora persecución. No vacilaba en considerar enemigo suyo a cualquiera que siguiera a Jesús. Con energía implacable e intensa determinación, procuró acabar con la iglesia de Cristo.

Cuando empezó a llevar su persecución contra la iglesia a otras ciudades, Saulo pidió el respaldo del sumo sacerdote (Hechos 9.1–2). Cuando recibió la autorización que deseaba, salió con rumbo a Damasco a cumplir con sus planes. Cuando estaba en camino a Damasco, el Señor Jesús se le apareció con una brillantez que excedía la del sol al mediodía. Cegado por la luz de la presencia del Señor, Saulo se desplomó a tierra. Al darse cuenta con trascendental convicción de que Aquel que le hablaba era Cristo Jesús, el Hijo de Dios, preguntó lleno de penitencia y contrición: «¿Qué haré, Señor?» (Hechos 22.10). Se le dio instrucciones en el sentido de viajar a Damasco, donde se le diría lo que debía hacer (Hechos 9.6). Al llegar, esperó durante tres días, en oración y ayuno, hasta que la respuesta le llegó por medio de Ananías.

Saulo se arrepintió. Se resolvió a cambiar su voluntad en cuanto a su estilo de vida. Había consagrado su vida al judaísmo y a la persecución de la iglesia de Cristo; después de arrepentirse en el camino a Damasco, su vida tomó una dirección totalmente diferente. Se volvió de su antigua vida mediante un revolucionario cambio de voluntad que afectó toda su personalidad —intelecto, emociones y conciencia. Más adelante dijo: «Cuántas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como

pérdida por amor de Cristo» (Filipenses 3.7).

Los cristianos son personas que, al igual que Saulo, se han vuelto del pecado arrepentidos. El estilo de vida del pueblo de Dios consiste en abstenerse de toda forma de maldad (1 Tesalonicenses 5.22), rehusando conformarse a este mundo (Romanos 12.2), venciendo con el bien el mal (Romanos 12.21), y haciendo callar toda falsa acusación en contra suya mediante un excelente comportamiento (1 Pedro 2.12).

ES VOLVERSE DEL PECADO A CRISTO

En segundo lugar, el arrepentimiento es volverse a Cristo. Es más que una reacción negativa contra la maldad; es también una respuesta positiva a Cristo.

Pablo elogió a los tesalonicenses porque el arrepentimiento de ellos significó que «[se convirtieron] de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero» (1 Tesalonicenses 1.9). Si alguien se volvía del pecado, pero no se volvía a Dios, no se podía considerar que tal persona se hubiera arrepentido en todo el sentido que el Nuevo Testamento le da a este término.

Las prédicas del Nuevo Testamento se destacaban principalmente por exaltar a Cristo. La descripción que hace Lucas del contenido de las prédicas que daba Felipe en Samaria, es un ejemplo de la clase de prédicas que todos los hombres inspirados daban: «Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo» (Hechos 8.5). Cuando la gente respondía a esta clase de predicación, lo hacían renunciando al pecado y recibiendo a Cristo mediante una sumisión al mensaje del evangelio. Después de las prédicas que Pablo dio en Éfeso, ambas caras del arrepentimiento se manifestaron. Lucas dijo:

[...] y tuvieron temor todos ellos, y era magnificado el nombre del Señor Jesús. Y muchos de los que habían

creído venían, confesando y dando cuenta de sus hechos. Asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos (Hechos 19.17b–19a).

Los efesios arrepentidos recibieron a Cristo y renunciaron a sus prácticas pecaminosas.

El arrepentimiento de Saulo consistió en ambas cosas: volverse del pecado y volverse a Cristo. Cuando viajaba rumbo a Damasco su propósito era perseguir a los cristianos. Cuando vivía bajo la ley de Moisés, era libre de delitos en contra de la moral y los rituales. No había sido en modo alguno un pervertido hijo pródigo. Su arrepentimiento, por lo tanto, no afectó lo medular de su deseo de agradar a Dios; había sido impulsado por este deseo desde que era joven y lo había manifestado así en su fiel observancia de la ley de Moisés. Su persecución contra los cristianos, no obstante, era un terrible pecado. En consecuencia, su arrepentimiento delante de Dios resultó en que desechara su antigua creencia en el sentido de que su servicio a Dios requería el perseguir a los cristianos y el denunciar a Cristo. También, su arrepentimiento requirió que se volviera a Cristo, que lo reconociera como Señor, y se sometiera humildemente a la voluntad de Éste.

Pablo mismo describió en Filipenses 3.8–11, cómo fue su arrepentimiento:

[...] estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos.

Pablo, pues, se volvió del pecado a Cristo. El arrepentimiento tuvo para él un aspecto positivo y otro negativo, ya que, por un lado, desechó su antiguo estilo de vida y, por otro, abrazó un nuevo y mejor estilo de vida en Cristo.

La iglesia, el cuerpo de Cristo que se compone de gente que se ha arrepentido, vive en sumisión a Cristo. Los miembros de ella han llegado a ser uno con Él. Por medio del arrepentimiento, el cristiano ha comenzado a vivir una vida de santidad y justicia. Ha sido crucificado con Cristo, y es por fe en el Hijo de Dios (Gálatas 2.20) que vive la nueva vida que ha resultado de su arrepentimiento. Como pueblo de Dios que se ha arrepentido, los cristianos llevan el nombre de Cristo, viven en unión con Él, lo exaltan en adoración y se ven apremiados a ser justos, pues, esperan estar en una comunión mucho más plena con Él cuando venga por segunda vez o cuando mueran.

ES VOLVERSE DEL PECADO A CRISTO DE POR VIDA

En tercer lugar, el arrepentimiento es volverse del pecado a Cristo de por vida. No fue a unas vacaciones espirituales que Cristo invitó a la gente, ni a un receso para apartarse brevemente de la iniquidad. Fue una completa consagración lo que pidió, a la cual se refirió como un nacimiento del agua y del Espíritu, un nacimiento espiritual (Juan 3.5). Tan radical y permanente es esta transformación, que Pablo la comparó con una circuncisión espiritual, una completa eliminación del cuerpo carnal obrada por Dios:

En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo (Colosenses 2.11).

Pablo dijo que el significado de la conversión tiene

que ver con desechar la anterior manera de ser, y revestirse de una nueva, del mismo modo que uno se deshace de ropas andrajosas, sucias y gastadas y las desecha con la intención de no volverlas a usar jamás (Efesios 4.24; Colosenses 3.10). Dios nos levanta del pecado y de la muerte y nos da vida en Cristo cuando somos redimidos por la sangre de Éste (Colosenses 2.13).

El arrepentimiento supone una consagración continua. Cuando respondemos a Dios, debemos hacer morir las obras de la carne. A partir de ese decisivo momento, los cristianos tienen sólo una tarea en la vida, cual es, la de impedir que esas obras afloren nuevamente. Pablo dijo: «Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría» (Colosenses 3.5). También dijo:

Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos (Colosenses 3.8-9).

Pablo habló acerca de lo que debe desecharse en cierto momento de la vida, momento en el que ocurre una muerte; y también habló de un continuo rechazo de lo que se desechó, es decir, un arrepentimiento continuo.

¿Qué ilustración más vívida puede haber, acerca del significado del arrepentimiento, que la conversión de Saulo? Alguien dijo: «Todavía no se ha visto un ejemplo de lo que Dios puede hacer con un hombre que se ha convertido totalmente a Él». Si tal hombre no ha existido, en Pablo podemos encontrar uno que se acerca muchísimo. La influencia que se ha ejercido en el mundo como resultado de la conversión de Pablo se ha sentido durante casi dos mil años. La decisión que él tomó de seguir a Cristo fue final e irrevocable. Depositó su vida al pie de la cruz para el servicio y el bien que Cristo

quisiera hacer con ella.

Cuando Alejandro Magno hacía desembarcar a su ejército para una gran batalla, según cuentan, él mandaba a prenderles fuego a los barcos apenas salía el último soldado. Alejandro no le daba cabida a la posibilidad de una retirada. No había retroceso para él ni para sus hombres. El único futuro estaba adelante, no atrás. Así fue con Saulo. En su corazón no había campo para clase alguna de reservas ni para la posibilidad de retirarse.

El pueblo de Dios, la iglesia, se han consagrado tan firmemente, que tal transición bien puede describirse como una transformación, como un pasar de muerte a vida (1 Juan 3.14). Se han vestido del nuevo hombre en Cristo para el resto de sus vidas. Fue algo que sucedió en cierto momento de sus vidas, en el momento de su conversión a Cristo; sin embargo, el mantener puro su corazón es una obligación que deben cumplir continuamente (Romanos 6.2b). Se le ha dado muerte al antiguo hombre, pero éste tratará de volver a la vida en cualquier oportunidad que se le dé de resucitar (Romanos 6.12-13). El cristiano debe tener cuidado de andar como sabio, no como necio (Efesios 5.17). No participa en las infructuosas obras de las tinieblas; sino que las expone (Efesios 5.11). Ha muerto, y su vida está escondida con Cristo en Dios (Colosenses 3.3). El cristiano se ha presentado delante de Dios como uno que ha resucitado de entre los muertos y cuyo cuerpo ha sido consagrado a la justicia (Romanos 6.13).

CONCLUSIÓN

Toda persona que se considera responsable delante de Dios, tiene la obligación de arrepentirse y vivir la clase de vida que el arrepentimiento requiere. El arrepentimiento es una profunda transformación de la voluntad, un volverse del pecado a Cristo de por vida. Se produce mediante la conciencia de que se es culpable

de pecado, la tristeza según Dios y la benignidad de Dios. Resulta en una transformación que hace nacer a una nueva persona que estará escondida con Cristo en Dios (Colosenses 3.3).

La iglesia es una comunidad de personas nuevas, las cuales no son perfectas, sino que procuran vivir pura, piadosa y justamente. Su compromiso de toda una vida es el de ser utensilios para usos honrosos al servicio del Señor.

Hay tres incentivos para el arrepentimiento que pueden identificarse en las Escrituras. En primer lugar, Pablo dijo que la bondad de Dios lleva al arrepentimiento: «¿O menospreciáis las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?» (Romanos 2.4). En segundo lugar, Pedro mencionó la promesa de una recompensa: «Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio» (Hechos 3.19). En tercer lugar, Juan se refirió al temor a ser castigados:

En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado [...] Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego (Mateo 3.1–10).

El arrepentimiento por sí sólo no es suficiente para agradar a Dios; sin embargo, crea en nosotros un espíritu de sumisión. Este espíritu nos apremia a obedecer todos los mandamientos que Dios ha dado como requisitos para entrar en Cristo. Le abre las puertas de nuestra vida a la voluntad de Dios.

Se ha dicho que la última palabra de nuestro Salvador, no fue la gran comisión, sino el llamado a arrepentirse que les hizo a las cinco de las siete iglesias que estaban en Asia (Apocalipsis 1–3). Si usted no se

ha arrepentido ni entrado en el cuerpo de Cristo para vivir como pueblo de Dios penitente, no tendrá necesidad mayor que ésta. Si usted es cristiano y vive como una nueva persona en Cristo, tendrá como obligación suprema el vivir a la altura del compromiso que ha hecho.

PREGUNTAS DE ESTUDIO

(respuestas en la página 271)

1. ¿De qué modo cambió la muerte el modo de pensar del hombre rico?
2. ¿Por qué es el «arrepentimiento» una palabra fundamental y una actitud importante para cualquiera que procura ser cristiano?
3. ¿Por qué es el arrepentimiento más que remordimiento por haber pecado?
4. Explique por qué es el arrepentimiento más que tristeza según Dios.
5. ¿De qué modo se manifiesta el arrepentimiento en la conversión de Saulo?
6. ¿Por qué elogió Pablo a los tesalonicenses?
7. ¿De qué modo es el arrepentimiento más que una confesión de pecados?
8. ¿Cuáles son los tres incentivos bíblicos para el arrepentimiento?

GUÍA PARA PROFUNDIZAR EN EL ESTUDIO BÍBLICO

¿Quiénes deberían arrepentirse? —2 Pedro 3.9; Hechos 17.30–31; Lucas 13.3.

Ejemplos neotestamentarios de arrepentimiento —El hijo pródigo (Lucas 15.11–24); Zaqueo (Lucas 19.2–8).

El costo del arrepentimiento —Mateo 10.34–39; Lucas 12.51–53.

Ejemplos de conversiones —Hechos 2.36–47; 8.5–6, 12, 18–22, 26–39; 9.1–18; 10.1–48; 16.13–15, 25–34; 19.1–5.

La influencia cristiana —Mateo 5.13–16; 1 Corintios 15.33.

Jesús derramó Su sangre por todos —La salvación se proporciona a los que obedecen (Hebreos 9.11–14); la

sangre de toros y machos cabríos no puede quitar los pecados (Hebreos 10.4); Su sangre nos ha redimido (1 Pedro 1.18–19); Jesús probó la muerte por todos (Hebreos 2.9).

Cuando contemplamos la cruz aprendemos —que necesitamos un Salvador (Romanos 3.23; 5.12); cuánto nos ama Dios (Juan 3.16); que Cristo ama a la gente aunque sea pecadora (Romanos 5.8–9); que la salvación es un don de Dios (Efesios 2.8–10).

La muerte de Jesús en la cruz nos salva en el momento que entramos en contacto con Su sangre por medio del bautismo —Somos sepultados con Él por el bautismo (Romanos 6.3–4); el bautismo salva (1 Pedro 3.21).

¿Cómo debe vivir usted siendo cristiano después de obedecer el evangelio?

1. *Dedíquese en gran manera a crecer espiritualmente.* Esfuércese por crecer (2 Pedro 1.1–10). Haga planes de crecer (Filipenses 3.7–15).
2. *Estudie la Biblia.* Use bien la Palabra (2 Timoteo 2.15). Crezca en el conocimiento (2 Pedro 3.18). Estudie las Escrituras diariamente (Hechos 17.11). Reciba la Palabra con humildad y obedézcala (Santiago 1.21–25).
3. *Añádale las virtudes cristianas a su vida.* Añádale fe, virtud, conocimiento, dominio propio, paciencia, piedad, afecto fraternal y amor (2 Pedro 1.5–7).
4. *Ore constantemente.* Ore pidiendo sabiduría (Santiago 1.5–6). Ore sin cesar (1 Tesalonicenses 5.17).
5. *Adore a Dios habitualmente (con otros cristianos en la medida de lo posible).* No deje de congregarse (Hebreos 10.25). Si no hay iglesia en el lugar donde usted vive, puede comenzar una en su propia casa (vea la página 275). Adore en espíritu y en verdad (Juan 4.24).
6. *Hábleles a otros acerca de Jesús.* Enséñele a todo el que pueda (Mateo 28.18–20; Marcos 16.15–16). Haga partícipes de este libro a sus amigos y ayúdeles a llegar a ser cristianos.
7. *Haga buenas obras.* Los que han sido salvados por Jesús han sido creados para buenas obras (Efesios 2.10).